



AL ILUSTRISIMO  
SR. DOCTOR  
DON ATENOGENES SILVA,  
EN EL VIGESIMO-QUINTO ANIVERSARIO  
DE SU PRIMERA MISA.



**A**L cabo de veinte siglos, el mundo á quien venció el Cristo, pregunta indeciso como Poncio Pilato: ¿Qué es la verdad?

Que Jesús es el camino, la verdad y la vida, responde la inmortal ciencia cristiana; é invoca al Dios de quien el ser, el movimiento y la vida recibimos.

Esa verdad inmutable brilla siempre reanimadora en el fondo del alma, cuando el error se disipa, como en el fondo del cielo la estrella fija, si se aleja la nube tempestuosa.

\*\*

Vos, Señor, perpetuáis en la tierra aquella divina enseñanza y el eterno sacerdocio para su guarda instituido, según el orden del rey de Salem á quien el mismo Abraham hiciera ofrenda del trofeo de su victoria, como á representante del Santísimo.

Cuando, en memorable día, oráis y sacrificáis por el pueblo cristiano en los altares del Dios vivo, la fé del Crucificado, por quien habéis sido constituido Obispo para regir su Iglesia, según la expresión de S. Pablo, nos hace doblar reverentes la rodilla; y sienten nuestros labios al tocar las consagradas insignias de vuestra alta dignidad, algo como la

caricia del Dios grande y bueno que con nosotros se reconcilia y nos perdona. Porque sois vos de aquellos á quienes, en la ternura de su despedida, no quería el Cristo llamar ya siervos sino amigos, al hacerles conocer las cosas que oyó á su Padre y les daba, como prenda de paz y de victoria, la que El obtuvo sobre el mundo.

\*\*

Ya que Dios marca con luz del cielo la huella de vuestros pasos, porque vais donde quiera haciendo el bien, y el sigilo con que lo derrama vuestra derecha mano ignorándolo la siniestra, no ata mi lengua, decir quisiera, lo que sois para la ciencia y la sociedad, lo que de vos espera en sus gloriosos destinos la Iglesia mexicana y lo que siente para el hijo que tanto la honra nuestra noble ciudad que tanto os quiere . . .

\*\*

Pero callo, porque os miro absorto celebrando los misterios inefables en el aniversario de vuestras bodas místicas; y al veros, de pié, en el altar, engalanado con regias vestiduras y levantadas las manos al cielo, me atrevo sólo á murmurar en coro con la multitud respetuosa, desde la nave del templo, la oración sencilla que aprendí en la infancia.  
¡Acepte el Señor, benigno, el sacrificio de vuestras manos!

*Lic. Celedonio Padilla.*

